

Prao es un nombre propio que no quiere significar prado.

Es simplemente la designación de un sitio donde todos los días se reúnen las mismas personas y con el mismo objeto.

Es una especie de exposición de mujeres, y una verdadera exposición para los hombres.

Desgraciado el marido cuya mujer vaya al *Prao* todos los días.

El *Prao* hace muchos matrimonios, pero también los deshace.

Voy á decidirme.

El Retiro, el Campo del Moro, la Montaña del Príncipe Pío, la Fuente Castellana, el *Prao*....: no hay más.

Verdaderamente no sé qué partido tomar.

¡Qué difícil es elegir!

Vamos á ver.... No veo.

El sol ha desaparecido. Ya no es hora.

¡Qué lastimal!

Podía haber paseado tan agradablemente en el *Prao*, en la Fuente Castellana, en la Montaña del Príncipe Pío, en el Campo del Moro, en el Retiro.

Me hubiera sido indiferente cualquiera.

Este es el corazón humano.



FEBRERO-ABRIL-EL AGUA

LOS AGUADORES

MAy un refrán que dice: «Febrero el corto; un día peor que otro.»

Este refrán parece más bien hecho para la vida que para Febrero.

De cualquier modo, es un refrán incomprensible.

Porque, ¿qué cosa hay en el mundo, ni fuera de él, que siendo mala pueda ser corta?

Y sin embargo, este refrán está lleno de sentido común.

Todos decimos: ¡qué vida tan triste!; y todos repetimos: ¡qué vida tan corta!

Más claro:

Nos quejamos de un dolor porque nos duele, y al mismo tiempo porque dura poco.

Así comprendo yo esa combinación de palabras tan claras y tan oscuras al mismo tiempo.

Se me ha ocurrido muchas veces, y la escribo ahora por primera vez.

Vedla aquí:

Si el hombre fuera siempre feliz, sería muy desgraciado.

Pero volviendo al refrán, puedo decir que no tiene hoy aplicación en ninguna de sus partes.

Febrero ha sido el mes más hermoso del año.

Digo del año, porque Abril no será más agradable.

Sus días han sido uno mejor que otro.

Sin duda por la proximidad del Carnaval, ha tenido el buen gusto de disfrazarse de Abril.

Es una broma feliz, que todo el mundo celebra abriendo los balcones, abandonando los abrigos y poblando las plazas, las calles, y los paseos.

Toda la autoridad del Almanaque es necesaria para convencernos de que Febrero no es Abril.

El aire es tibio, el sol brillante, el cielo risueño, la tierra alegre.

Las flores brotan, los pájaros cantan y el agua se sonríe.

Por todas partes asoma la primavera.

Se ven estos días las niñas más bellas, las mujeres más graciosas, los hombres más tratables.

Estos días hermosos brillan para todos: son los días de los pobres.

El sol no les escatima sus rayos, ni el aire huye de ellos, ni el cielo deja de cubrirlos, ni la tierra les niega el paso.

La naturaleza, más rica que todos los banque-

ros juntos, les reparte sus tesoros como si quisiera enseñar á los hombres á ser generosos.

Ha recibido el sudor del pobre y el agua del cielo, y paga con usura el trabajo del pobre y el beneficio del agua.

¿Será lo más ingrato que hay en la tierra el corazón del hombre?

Febrero es este año el mes verdaderamente más corto.

Hoy acaba, y debemos despedirnos de él con el sentimiento de que nos abandona un buen amigo.

Enterrémosle coronado de flores entreabiertas, y pongamos sobre su sepulcro este epitafio:

«NACIÓ EN LO MÁS CRUDO DEL INVIERNO.

MURIÓ CASI EN LA PRIMAVERA.

¡OH ABRIL!

TU SOL NO SERÁ MÁS BRILLANTE

NI TU CIELO MÁS PURO.

HA VIVIDO VEINTE Y OCHO DÍAS.

¡QUÉ LÁSTIMA!

¡Agua va!; ó mas bien: ¡agua viene!; ó mejor dicho: ya está aquí el agua.

Lozoya impaciente empieza á levantarse sobre las fuentes de la capital en chorros limpios y gallardos, como si quisiera señalar en el aire la altura de donde lo traen.

Las calles se abren á su paso en profundas zanjas, tendiéndose para recibirlo y esparramarlo en infinitos acueductos que se enlazan como una red de venas.

El agua es la sangre de la tierra.

Donde hay agua, hay flores; donde hay flores, hay alegría.

El agua es transparente como el aire y azul como el cielo.

Es además el sastre de los montes y la modista de las llanuras.

Ella viste los prados y borda las faldas de las montañas.

Salta como los niños, se precipita como los hombres y murmura como las mujeres.

Y para que sea más completa su semejanza con la especie humana, ella es soberbia y amarga en el Océano, como el hombre en la grandeza, como los hombres en las grandes ciudades.

Entre todos los seres que viven en el agua, hay uno que no ha clasificado Buffon, ni ha sido objeto de estudio para ningún naturalista.

Este ser es el aguador de Madrid, que es el tipo de los aguadores.

Así como el hombre se compone de alma y cuerpo, el aguador es una mezcla de cuba y gallego ó asturiano.

La cuba es lo esencial; el gallego ó el asturiano es lo accidental.

Quitadle á un hombre el alma, y acabó el hombre; quitadle á un aguador la cuba, y acabó el aguador.

Un cuerpo no puede vivir sin alma, ni un gallego puede ser aguador sin cuba.

El aguador lleva la cuba donde los hombres llevan la cabeza; esto es, sobre los hombros.

Quitar á un aguador la cuba, es decapitarle.

En las sangrientas escenas de 1854, atravesaba un aguador la calle de Carretas, al mismo tiempo que sonaron varios tiros. Dió algunos pasos inciertos, y cayó al suelo, exclamando: «¡Dios me haya perdonado!»

Una bala le había deshecho la cuba.

El que haga una cuba, hace indispensablemente un aguador.

La ley creadora que ordena la propagación de las especies ofrece aquí un caso bastante particular.

Y, sin embargo, no se puede negar que este ser resulta de una verdadera incubación.

Si hay alguna cosa eternamente igual, es el paso de los aguadores.

El cronómetro más seguro no es más exacto.

Los aguadores no corren jamás. Sin duda profesan este principio: sólo el agua debe correr.

Si llueve, se les ve abrir una especie de paraguas, con el cual cubren la cuba, para librar al agua de la incomodidad del agua.

Esto es más profundo que lo que parece á primera vista.

Las leyes, los tribunales, los gobiernos y los ejércitos, ¿para qué sirven más que para poner al hombre á cubierto del hombre?

Eso es lo que hacen los aguadores con los paraguas.

Por lo demás, viven hacinados, como las cubas alrededor de las fuentes.

Son honra dos como un acueducto.

Si hay agua, la llevan, y si no la hay, no la falsifican.

Aunque ellos son los que mejor pudieran beber en *buenas fuentes*, prefieren beber en las tabernas.

Un aguador, á cierta hora de la noche y sin cuba, anda cayendo y levantando, como si hubiera perdido la cabeza.

Lo más terrible que uno puede encontrarse al volver una esquina, es un aguador.

Seres graves, andan sobre la tierra con pies de plomo.

Grandes matemáticos, no hay cantidad líquida que ellos no eleven al cubo.

Viven entre los hombres, porque hay fuentes; el único lazo que los ata á la tierra es el agua.



AIRE



ACE dos días que circula por Madrid una voz pavorosa, cuyos ecos resuenan en todas partes y á todas horas.

Como si quisiera ser inteligible á todas las capacidades, se expresa en todos los tonos; desde el silbido más sutil hasta el trueno más profundo; desde el quejido de un niño hasta el murmullo de un pueblo.

Madrid parece en estos momentos un órgano que respira á la vez por todos sus huecos.

Los agujeros de las cerraduras, las junturas de las puertas y los claros de las persianas, exhalan las notas agudas.

Las torres, como flautas enormes, dejan escapar sonidos vagos, que hace dulces y sonoros el bronce de las campanas.

En las bóvedas de las iglesias, en las galerías

de los palacios y en los cañones de las chimeneas, retumban sus acentos roncros y profundos.

Al mismo tiempo golpean las puertas, abriendo y cerrando sus dobles hojas, como dos manos que aplauden; los cristales palpitan dentro de sus cárceles de madera, como si quisieran saltar en pedazos, y las copas de los árboles se doblan y enderezan alternativamente, como si marcaran el compás de esta monstruosa sinfonía.

Las bocas de las calles se lanzan unas á otras bramidos sordos y entrecortados, que se repiten incesantemente al volver de cada esquina.

Estamos bajo el imperio del huracán.

Apenas se presenta en público, todo el mundo echa mano al sombrero.

El que no saluda de esta manera, queda descubierto en el acto.

No se le puede mirar cara á cara. Lleva delante una nube de polvo para cegar al temerario que quiera fijar en él sus ojos.

La gente corre en todas direcciones, empujada por su mano invisible.

Él vuela por las calles sorprendiendo á los transeuntes; aquí desemboza á uno; más allá se lleva el sombrero de otro.

Las veletas de las torres se empeñan inútilmente en señalar el rumbo de este viajero impetuoso: su inquietud no les deja un momento de tranquilidad.

Recorren todos los puntos del cuadrante como si el viento llegara sucesivamente de todos los puntos del horizonte.

He aquí el ruidoso acontecimiento que todo lo agita en estos días.

¿Qué hacen las autoridades ante este enemigo del reposo público? Cerrar los ojos y bajar la cabeza, porque la Constitución no puede nada contra la naturaleza.

Para el agua se han inventado los paraguas, para el fuego las bombas; pero al aire no hay nada que lo contenga.

Estalla un incendio, y allí acuden las autoridades, los bomberos, los aguadores, la policía y los vecinos.

Ocurre una inundación, y allí acuden también las autoridades, los pontoneros; se improvisan barcas y se conjura el peligro.

Pero se desencadena una borrasca, y todo el mundo se deja arrastrar por el viento que sopla.

El viento hincha la mar, empuja las tempestades y esparce los incendios.

Al mismo tiempo barre el cielo y la tierra; lo mismo levanta remolinos de polvo que remolinos de nubes.

Así como los colores son de la luz, los sonidos son del aire.

El aire es propagador de la música, y la música es la luz del alma.

Por eso el aire es el espejo de los sonidos.

Inmenso pentágono donde la naturaleza escribe sus fantásticas armonías; ó, más bien, es la lengua del universo.

También entra por los ojos.

Cada uno tiene su aire; por el aire se conoce á cualquiera.

Es preciso ver, para sentir el atractivo del cuerpo airoso.

Su ausencia es muchas veces tan terrible como sus ímpetus.

Todavía no sé á quién se debe temer más, si á un hombre airado ó á una mujer desairada.

La parte más bella de la arquitectura se desenvuelve en sus espacios.

Sin ellos no se podrían fabricar los castillos en el aire.

En la política nadie ha llevado más allá la conquista de sus derechos, porque nadie es más libre que el aire; sobre todo el aire de las mujeres libres.

Su amor á las letras sólo permite que cruce sus dominios gente de pluma.

Cuando es débil, murmura; cuando es más fuerte, silba; cuando es poderoso, brama.

Parece que tiene algo de la naturaleza de los hombres.

Por Madrid discurre golpeando las puertas, azotando los cristales, levantando nubes de polvo.

¿Qué hay en Madrid? Aire.

Ráfagas que se cruzan en todas direcciones.

Nadie piensa en ir á un punto determinado. Vamos donde el viento nos lleve.

Estamos como los diamantes, montados al aire.

Reina una inquietud imposible de describir.

Por arriba sopla el viento de la adulación; por abajo el viento de la miseria.

Madrid, por su posición topográfica, está á los cuatro vientos; de manera que de cualquier parte que sople se puede ir viento en popa.

Como si fuéramos una turba de criminales expuestos á la vergüenza, el viento nos azota sin misericordia.

No hay palabra que hoy no se lleve el viento que corre; no hay luz que no apague el viento que sopla.

Tal es el aire que se respira.

¡Qué dichosos deberán ser en Buenos-Aires!





LA GUERRA

Los valientes tienen hoy á su disposición un asunto de su especial competencia.

Hace dos días que en Madrid no se habla más que de la guerra.

Esta palabra, negra como la pólvora y encarnada como la sangre, es la que se halla de moda.

Es el objeto de todos los temores, de todas las esperanzas, de todas las curiosidades y de todas las conversaciones.

La Europa se presenta á mis ojos en estos momentos como un gran circo, en el cual van á luchar unas cuantas fieras.

Austria ruge, Cerdeña bufa, Francia ronca, Inglaterra olfatea y Rusia escarba la tierra.

Fijémonos bien, porque va á ventilarse una cuestión de derecho internacional.

Los primeros oradores del mundo están con la

boca abierta, dispuestos á tomar parte en esta discusión suprema.

La diplomacia fría y los protocolos transigentes ceden su puesto al ilustrado fuego de los fusiles y á la elocuencia sonora de los cañones.

Las razones que se preparan por una y otra parte serán razones de peso como las balas, y agudas como las bayonetas.

Las réplicas serán rápidas y arrolladoras como una carga de caballería; se votará con bolas de plomo; penetrará el convencimiento en el corazón como una espada; brotará la luz de los incendios, y, escrita con sangre, se levantará el acta de la sesión, como un monumento al triunfo del derecho. Italia será austriaca ó francesa.

La sabiduría de las naciones enriquecerá, en fin, su ciencia con esta máxima sublime: «El más fuerte tenía razón.»

¿Qué es una guerra?

Pensándolo bien, no es más que la sangría que se hacen las naciones cuando han tenido la dignidad de perder el juicio.

Desde este punto de vista se ve claramente que una espada no es más que una lanceta, y un general casi un sangrador.

Los doctores de esta ley suprema son los maestros de esgrima; sus cátedras las salas de armas.

El asunto, pues, que hoy preocupa los ánimos pertenece á la jurisdicción de los que llevan las plumas en el sombrero y la espada en la cintura.

He aquí un trozo de historia que se va á escri-

bir con plumas de acero y con tinta de sangre.

Estamos pendientes del telégrafo, esperando oír el eco del primer cañonazo.

Como en un reñidero de gallos, se hacen apuestas, ya en favor de Austria, ya en favor del Piamonte.

Convengamos en que es una cosa muy natural que al concluir los ayunos y las vigilias de la Cuaresma, se abra esa magnífica carnicería.

Convengamos en que es muy natural que Italia no quiera sufrir la dominación austriaca.

Convengamos en que es muy natural que Austria no quiera dejar que se le escapen sus dominios italianos.

Convengamos en que es muy natural que Luis Napoleón busque en la guerra una seguridad que la paz puede quitarle.

Convengamos en que es muy natural que Inglaterra vea en el fondo de ese abismo una especulación segura.

Convengamos, en fin, en que Rusia quiera encender esa formidable hoguera, á ver si con tanta luz puede descubrir la puerta de su inmensa jaula; esto es, la Gran Puerta.

Después de todas estas cosas naturales, todavía la ambición no ha encontrado el pretexto legal que justifique el que un millón de hombres se degüellen sin misericordia.

¿Por qué es esta guerra?

Suprimid la ambición, y no encontraréis respuesta para esa pregunta.

Si los litigios de las naciones no se escribieran con la sangre de los pueblos, la historia sería un libro que haría reír.

La diplomacia es la astucia, la guerra es la fuerza.

Esta es la verdad y el derecho que triunfan siempre en el tribunal de las naciones.

La guerra es la última hoja de la ciencia política: la hoja de una espada.

Es una fórmula irracional con que se pretende resolver un problema insoluble.

Los matemáticos han encontrado el infinito en el resultado que arroja cualquier cantidad dividida por cero.

Los políticos han descubierto el derecho en el resultado que producen millares de hombres dividiéndose unos á otros.

Aquellos desafíos bárbaros de la Edad Media, en que se buscaba la inocencia y la razón, calada la visera y lanza en ristre, es el juicio supremo de las naciones.

Si un juez antes de sentenciar un pleito probara la fuerza de los dos litigantes, para fallar en favor del que venciera al otro, sería considerado como un loco.

Pues bien: Europa es ese juez, y Austria y Cerdeña van á probar sus fuerzas para probarnos su razón.

Esto es lo que de pronto se me ocurre de la guerra que en estos momentos amenaza á Europa.

A la Bolsa se le ha ocurrido una idea más humilde, y cada día baja un poco.

¿Qué habrá detrás de la guerra?

Por de pronto, muchas madres sin hijos y muchos hijos sin padres.

La civilización va á obtener además una colección completa de hombres sin piernas y sin brazos.

Detrás de la guerra hay lo que detrás de una jugada de lotería; esto es, treinta mil que pierden y unos pocos que ganan.

Pero ¿qué hay en la naturaleza humana que la destrucción la enciende y la sangre la embriaga?

Mezcla singular de luz y de tinieblas, de civilización y de barbarie, de razón y de locura.

¡Pobre Italia! Te pareces á las mujeres hermosas en que te adulan para perderte.

Te veo entre Francia y Austria como una paloma entre dos águilas.

Si triunfas, después de la guerra nos contarás si te va mejor con el amo nuevo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO



MAÑANA

SIN duda los sucesos no quieren participar del calor de Madrid, y han huído de la capital de la monarquía en busca de mejor clima.

Ó tal vez para llegar lo más frescos posible se están preparando á la sombra.

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que en Madrid nada sucede.

También es verdad que Madrid en estos momentos no es la corte. La corte está en la Granja; y la corte es á Madrid lo que el agua al mar, lo que la luz al día, lo que el alma al cuerpo.

De manera que este mar, este día y este cuerpo tienen su agua, su luz y su alma á la respetable distancia de catorce leguas.

Ó más claro, en la Granja.

La Granja debe ser un sitio muy agradable.

En este Versailles de Madrid, todos son aires frescos, árboles que doblan la cabeza, fuentes que saltan y pájaros inquietos.

De forma que se puede trazar el cuadro de esta manera:

El aire silba, los árboles cuchichean, las fuentes murmuran y algunos pájaros por lo menos deben trinar.

Hasta aquí mis últimas noticias políticas, que, condensadas, como ahora se dice, dan por resultado esta quinta esencia.

La corte ha cambiado de sitio.

Es verdad que la Granja es un hermoso jardín cuajado de alamedas erizadas de fuentes, y que Madrid es un vasto arenal cuajado de calles, erizado de escombros; pero no es fácil cambiar de naturaleza, y así es que la política no ha hecho más que cambiar de sitio.

Esto es hoy: mañana.... Reflexionemos.

Hay un día trescientas sesenta veces repetido en cada año, cuyas veinticuatro horas están constantemente llenas de sueños que no se realizan, de esperanzas que no llegan, de deudas que no se pagan, de plazos que no se cumplen.

Este día es el refugio de la pereza, el amparo del que debe, el consuelo del que sufre, el temor de los que son felices.

Día de promesas, de propósitos; plazo constantemente abierto á nuestras necesidades, á nuestras debilidades, á nuestras penas y á nuestras alegrías.

Día inagotable, que es al mismo tiempo el re-

curso de los sastres, el alimento de los pretendientes, la desesperación de las solteras, y la salida de todos los apuros.

Día en que se efectúan los grandes sacrificios, en que se consuman los arrepentimientos, en que se hace todo aquello que cuesta trabajo, todo aquello que el hombre se ha propuesto no hacer.

Es un día cuya víspera puede ser indistintamente el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado ó el domingo.

Este día portentoso, interminable, es *mañana*.

Es imposible que exista un hombre que no haya hecho alguna vez uso de este día.

¿Quién no ha dicho alguna vez.... *mañana?*

Este día circula entre los hombres como un pagaré sin fecha.

Es una parte del tiempo futuro que no ha existido jamás, un número de la lotería que no entra en el sorteo.

Así como los hijos de Galileo,—no estoy muy seguro de ello, pero es indiferente,—jugando en el taller de su padre con unos pedazos de cristal, descubrieron el telescopio, ese instrumento que nos acerca los objetos más distantes; así un tendero de comestibles, jugando con las palabras descubrió la fórmula precisa, el instrumento exacto que aleja de nosotros interminablemente en el tiempo futuro el día más cercano.

Galileo abrió los ojos de la humanidad mostrando el telescopio. El tendero de comestibles cerró la boca de sus parroquianos fijando en la puerta

de su tienda un letrado, que decía : *Mañana se fia aquí.*

Este tendero es el único filósofo que, en mi opinión, ha leído sin equivocarse en los misteriosos secretos de lo que está por venir.

Mañana, por consiguiente, es un día lejano, el día más lejano de todos, el día que está después del último día.

Buscadlo en el Almanaque, y no lo encontraréis. Es el crédito del tiempo.

Á un banquero, á un capitalista que posea un millón en efectivo, le damos inmediatamente otro millón en crédito.

Al año que posee trescientos sesenta y cinco días efectivos, le damos por la misma razón otros trescientos sesenta y cinco días de crédito en trescientos sesenta y cinco *mañanas*.

¡Ah! el crédito es otro invento maravilloso.

Desde que se conoce, basta tener un duro para disfrutar inmediatamente los beneficios de cuarenta reales.

Volved la cara á Francia, y mirad cómo el crédito de un Napoleón ha producido inmediatamente otro Napoleón.

El comercio y la industria tienen también sus ilusiones.

El crédito es la poesía de la Bolsa, el espiritua- lismo del dinero, la atmósfera del capital.

Es imposible despoetizar á un banquero, es decir, no se puede desacreditar á un hombre rico.

Mañana, pues, es un crédito permanente, un va-

lor en palabras, que se apoya en un capital efectivo de trescientos sesenta y cinco días.

Mañana es el crédito de los partidos vencidos. La ilusión de los partidos que mandan.

El refugio de los asesinos del tiempo.

Y, en fin, la salida natural de aquellõs á quienes ahoga el día en que viven.

Es un agujero muy cómodo para los que quieren salir de hoy, porque hoy es para ellos una trampa.

Es además un motivo muy justo para levantarse tarde.

Un pretexto para no desconsolar á un pretendiente.

Una palabra para tranquilizar la conciencia.

Tres sílabas para taponar la boca á una mujer.

Un sofisma irresistible para no hacer nada.

Por último : *mañana* es el afán de todos ; una quimera como la felicidad del hombre ; un sueño como la libertad del ciudadano ; una ilusión como la gloria del nombre.

Mañana no existe.

Semejante noticia debe llenar de espanto á los que hayan confiado en *mañana*. Es decir, á todo el género humano.

Hoy es un día que tiene veinticuatro horas, en las cuales cabemos todos, sin que le falte ni un solo minuto.

Entre hoy y mañana se verifica un fenómeno tan palpable como incomprensible.

Llegamos á su último término, á su último ins-

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

tante; gozosos ó afligidos, devoramos el último momento, adelantamos la vida para entrar en mañana, y al echar el pié sobre ese día que viene á buscarnos, mañana desaparece, y todos nos encontramos en hoy.

Porque esto suceda todos los días, no hemos de negar que es una cosa bien rara.

Mañana es una especie de perspectiva que sólo existe á cierta distancia.

Es una ilusión cuya realidad es *hoy*.

Mañana es un deseo, un temor ó una esperanza.

Mañana no existe, porque siempre estamos en *hoy*.

Por más vueltas que dé el tiempo, no ha podido aún fabricar más que un día: *hoy*; el día presente.

Nosotros únicamente hemos podido hacer ese día eterno, ese *mañana* continuo, ese siempre *mañana*.

Y ¡cosa singular! quien más ha trabajado en la fabricación de ese día fantástico ha sido la pereza.

¡Mañana! á este día hemos recurrido para romper la oscuridad que nos rodea.

El hombre es un ciego que vuelve á tientas las esquinas de todos los días, diciendo siempre: *Mañana* veremos.



EL NOMBRE

Nos nombres sirven con harta frecuencia para significar, no lo que son las cosas, sino lo que debieran ser.

La política es una ciencia que nos suministraría abundantes ejemplos en comprobación de esta verdad.

Sin penetrar en los abismos de esa ciencia del bien particular y del mal público, podemos distinguir perfectamente que se llama política el derecho que han adquirido los hombres de tratarse de la peor manera posible.

Un nombre es indispensable: sin él no se puede existir.

La necesidad de esta parte precisa de todas las cosas, nos hace incurrir con frecuencia en graciosos contrasentidos y en terribles sarcasmos.

Observad que se llama *calle* el sitio donde es absolutamente imposible imponer silencio.